

Rafael García Maldonado

A watercolor illustration of a man's profile, facing right. The man has a mustache and is wearing a hat. The illustration is rendered in shades of brown, orange, and black. A large, stylized 'X' shape is visible in the background to the right of the man's head. The title 'SOMATA' is overlaid on the illustration in a large, white, serif font. The word 'SOMATA' is split across three lines: 'SO' on the first line, 'ma' on the second line, and 'ta' on the third line. The background is a light, textured surface.

SOMATA

para un pretendiente.

Traducción al inglés de
Mónica Martínez Sojos

Ilustraciones de
James Pilco

Rafael García Maldonado

sonata

para un pretendiente.

UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga

Rector

Genoveva Malo Toral

Vicerectora académica

Raffaella Ansaloni

Vicerectora de investigaciones

Toa Tripaldi Proaño

Directora de la Casa Editora

Rafael García Maldonado

Autor

Sebastián Ramón Lazo

Diagramación y diseño

PrintLab - Universidad del Azuay

Impresión

Sonata para un pretendiente

Rafael García Maldonado, 2022

Ilustraciones por James Pilco

Traducción al inglés por Mónica Martínez Sojos

ISBN 978-9978-325-76-6

e-ISBN 978-9978-325-78-0

Cuenca - Ecuador

2022

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio,
sin previa autorización de los propietarios

A Javier Vásquez. Por abrirme las puertas
literarias del continente hermano.



Hace ya cinco años que decidimos, las tres hermanas, romper todas las fotografías de nuestra larga vida. Cinco años, un lustro, llevamos aquí, en el asilo, en la residencia para viejitas, en esta suerte de antesala del cielo en el que las tres creemos con una fe robusta, firme, reconfortante. Me da por pensar hoy porque las hermanas hace horas que duermen y yo no consigo pegar ojo, ignoro si porque es primavera o porque los años, de alguna forma, nos van quitando horas de sueño para darnos un poco más de vida: ya que nos queda tan poco tiempo para ver la luz, los colores, las caras y los crepúsculos, ¿para qué pasar tantas horas en esa ensayo de la muerte que es la falta de conciencia del sueño profundo? Dormir, de alguna forma, es no estar, y siempre es mejor la biografía que la interrupción —aun temporal y benigna— de la existencia. Pobres hermanas, las veo dormir en esta noche prematuramente calurosa y pareciera que me he adelantado unos años, pocos, al día de su funeral: sí, ahí las dos, tumbadas cuan largas son, con los ojos cerrados.

Gertrudis, la más pequeña, ronca con una desmesura de varón, y sé que sueña con Dios, con Jesús, con los apóstoles, con la Tierra Santa a la que fue tantas veces antes de que decidiésemos dejarlo todo y venir aquí, al asilo, una suerte de hotel frente al mar con forma de prematuro tanatorio bañado por las aguas de un Jordán imaginario. No sé si veré el cuerpo yacente y exánime de Gertrudis alguna vez porque lo lógico



sería que yo partiese al otro lado antes que ella, yo, que soy la mayor y ya he cumplido los ochenta y ocho. Pero quién sabe: en los reglones torcidos con los que escribe el Hacedor puede ocurrir cualquier cosa, historias improbables e inverosímiles, maravillosas, como la trama de esas novelas de mar y aventuras que me regalaba aquel cura tan moderno y tan guapo amigo de la familia —cuyo nombre no recuerdo— y que yo leía de jovencita ocultándome de mis padres en el palomar de la casa.

Voy a cerrar la ventana porque temo resfriarme, aunque esta brisa con olor a mar me está insuflando una suerte de savia nueva en el velamen de la memoria, que a veces es como un barco y lo mismo va a la deriva que con rumbo fijo, al paio o con calmas insoportables. Yo estaba convencida, de jovencilla, de que cuando me hiciese vieja no me acordaría de casi nada, no sé, en nuestra casa vivía la abuela María, a la que pronto se le fue la sesera y se convirtió en una niña canosa y arrugada que se hacía las porquerías encima y reía con una inocencia impúber sentada frente a la ventana viendo pasar una vida que ya no entendía, y no hace tanto, cuarenta años más o menos, que fue mamá la que decidió, al verse tan anciana y tan inútil, que ya no viviría más, y se metió en la cama como si tuviese un sueño de años, y le dio por no comer, ni beber, sólo dormir buscando en sus profundidades el descanso eterno de los muertos. Lo más extraño es que lo logró, y en menos de un año de su cerrar voluntario de ojos, alimentada como a un gorrión indefenso por don Roberto el médico de enfrente con una jeringa con papilla de bebés, se puso tan fría y tan cenicienta que no hubo más remedio que enterrarla, aunque nadie supo bien del todo desde cuándo era cadáver. Me han dado siempre miedo

las cosas de los viejos pero ahora que soy una de ellos no me da asusta serlo, no sé, es algo muy raro, como si el pavor a montar en avión se dispiese al subir a un Jumbo y ver cómo se desliza entre las nubes. Puede que sea porque tengo fe, porque las tres somos piadosas hasta el paroxismo místico, pero niego que coqueteásemos, en la lejana juventud, con un grupo pastoral de los llamados Carismáticos —gente que entraba en éxtasis de puro trance de acceso a las bondades de Cristo y la otra vida— que hubo en Majer, en las catacumbas de la parroquia de la Virgen del Castigo. Creo que, como no he tenido hijos, mi preocupación es y han sido mis hermanas, mi única sangre, y separarme de ellas sería peor que la muerte, algo que sé que piensan ellas también.

Duermen las pobres, duermen como si la vida y la odiosa piqueta del tiempo no fuese en su dirección, no las estuviese persiguiendo como lo hacen los gusanos de la tierra del cementerio, disimulando su apetito voraz y viscoso solazándose entre el abono de las flores que adornan absurdamente las tumbas que nos esperan.

Sé que es muy triste lo que pienso, no lo niego, pero una es feliz con poco, y aunque la razón nos susurre con las alucinaciones de los locos que el final está cerca, no he hecho nunca caso a esa señora adusta y presumida, y quede lo que quede es para mí —y sé que para ellas— una eternidad, un río de horas y segundos que, como pasa con la memoria, lo mismo van hacia delante, que hacia atrás que gira en círculos, en cabriolas de resurrecciones y muertes constantes, en un ciclo interminable que nos emparenta con todas las criaturas —sin consciencia—

de la Tierra. Estaba diciendo que Gertrudis es la pequeña, pero siempre ha sido, de alguna forma, mayor que todas, incluida mi propia pusilánime, melancólica madre. Velaba por la familia de una forma mucho más espiritual que material, y así nos sentíamos más seguras, viéndola siempre entre rosarios, misales y las biblias que coleccionaba, leyendo en voz alta y recordándonos pasajes entre los que veíamos un poco más cerca y tangible la entelequia insoportable del cielo, la esperanza y la verdadera sabiduría, con los ojos centelleantes del auriga, sentadas en la trastienda del comercio de telas en el que nos jubilamos, y no es que piense mucho en aquella tienda, es que de alguna forma sigo y seguimos allí, en el número siete de la calle Perseverancia.

¿Cómo es que se nos ocurrió, de repente, dos días antes de venirnos al asilo, romper todas las fotografías de una vida? De nuestra vida, ya larga, y de la de nuestros padres y abuelos, unos retratos y daguerrotipos que, echando atrás la vista, llegaban hasta nuestro bisabuelo, en la época del invento de la propia fotografía, en aquel tiempo en el que el fotógrafo se metía debajo de un paño encima de un trípode y finalizaba el acto con una explosión de polvo de magnesio y de entusiasmo. La mayoría, no hay duda, eran fotografías en blanco y negro, y otras, muy pocas, ya en color, de cuando alguien, algún ser querido, nos fotografiaba en el mostrador de la tienda junto a sus hijos con el multicolor de las telas como fondo, poco más que un souvenir junto a niños que iban naciendo y creciendo a medida que nosotras nos marchitábamos como las flores, nos agostábamos como la fruta y nos ajábamos como lo hacen con el tiempo las telas y los enseres de los que vivíamos rodeadas.

Gertrudis y Agustina decidieron romper con todo lo que nos ataba a esta vida terrenal y finita, y en una sobremesa con nuestro primo y ecónomo propusieron dejar la casa expedita, sin muebles siquiera, como para una futura venta o para que el único heredero que tenemos (el hijo de nuestro primo, un médico de Antequera) entrase a vivir con sus propias pertenencias sin molestarse en sacar las antiguallas de tres ancianas. Primero se les ocurrió quemar las fotografías en la chimenea, pero Gertrudis, Biblia en mano, sugirió que quizá eso era un sacrilegio igual que quemar vivos a los ya muertos, y tras plantear lo de romperlas o cortarlas las tres hermanas y nuestro adorado, temido primo, nos quedamos en silencio, meditando el genocidio de las instantáneas. Yo, como no sabía qué decir a esa aberración, me dediqué a soñar con que quizá en esa casa vacía seguiríamos viviendo en el futuro, tras la vida del cuerpo, en forma de fantasmas victorianos, porque, ¿qué más le daría a nuestro de repente millonario sobrino lejano que nosotras, mezclando el éter con el oxígeno, siguiésemos aquí, de alguna forma, llevando la misma vida austera y feliz de siempre?

Lo cierto es que aquella mañana —recuerdo que era un sábado, y que a la residencia de la tercera edad nos íbamos el lunes muy temprano— las tres nos levantamos a la misma hora —la hora del rezo de maitines de Gertrudis— e hicimos inventario de la casa, que estaba justo encima de la tienda. No eran las doce cuando Agustina, con el asentimiento de Gertrudis, me hizo llamar al trapero de Lugencia y al chamarilero de Majer para que dejaran la casa y el comercio limpios entre la tarde del sábado y la mañana del domingo. Y así lo hicieron, dejando únicamente nuestras camas (que habrían de llevarse



el lunes a nuestra partida) y unas pocas viandas de desayuno. La ceremonia siniestra de las fotos la habíamos dejado para el sábado después de misa. En Majer, de toda la vida, el sábado hemos ido a la iglesia a las siete de la tarde, ir a escuchar misa y comulgar y vuelta a la casa, poco más, y si bien a mí, no voy a engañar a nadie, me hubiese encantado merendar un chocolatito y unos churros antes de ir al encuentro con Dios y su mensaje, ni a Gertrudis ni a Agustina les parecía pertinente tamaño despilfarro. Decía que ese día, tras la misa, con el cuerpo de Cristo en forma de oblea todavía pegado al cielo de la boca, nos íbamos a dedicar las tres a romper todas las fotografías, y en eso estábamos, cada una con una tijera de costura en ristre, con nuestras primeras víctimas en el suelo, cuando llamó a la puerta Amelita, la hija pequeña del médico, don Roberto. Estuvimos por no abrirle, tales eran la gravedad y lo incomprensible de lo que hacíamos a sabiendas, pero aunque ya debe de tener cincuenta años o más, esa niña ha sido, de alguna forma lejana, la hija que no tuvo ninguna de las tres. A todas nos alegró la vida con sus visitas constantes desde que empezó a andar y a cruzar la calle, sus travesuras, sus disparates, lo que le gustaba meterse bajo el mostrador y perderse en el sótano y los altillos, jugando a atender ella a los clientes, disfrazarse, qué sé yo. Hizo la vida aquí más que en su casa, y nos dio algo, unos amores inocentes e ingenuos, que dicen los que saben de eso que sólo son capaces de darlos los hijos. No sé desde cuándo no me emocionaba, pero bueno, lo he hecho, qué cosas, qué lágrimas tan tontas, pero es que veo como si fuera ayer cómo la perseguía Gertrudis por traviesa, con un tubo de cartón donde se enrollaban las telas fingiendo pegarle con él y riéndose de la diablura más todavía por la torpe carrera. Amelita nunca

ha dejado de llamarnos ni de visitarnos, ni allí en la casona ni aquí en el asilo. La vimos crecer, enamorarse de un muchacho de Lugencia, y hemos hecho lo que pudimos porque sus hijos sintieran de alguna forma que si les fallaban las abuelas, aquí tenían otras de repuesto, algo que me consta que ellos reconocen. La dejamos entrar porque de alguna forma pensábamos que tenía todavía ocho o diez años, tan parecida a su padre, y creímos que se pondría a jugar en los altillos tras pedirnos pan con chocolate, que no prestaría atención a aquella despiadada ruptura con todo el pasado que no estuviese guardado en la falaz, caprichosa memoria. Cuando Amelita subió las escaleras de esta casa tan grande, tan ya desolada, habitada ahora por unos fantasmas que todavía no somos nosotras, cuando vio lo que estábamos haciendo se echó las manos a la cabeza e intentó detenernos, mirando horrorizada que en el suelo yacían caras sueltas decimonónicas, señoritas aristocráticas sin piernas, trajes de flamenca decapitados, diligencias sin caballos, levitas sin hombres dentro, niños demediados, paisajes sureños desnaturalizados, tal era la furia de las tijeras. Hasta hace un mes, el día en que Amelita nos hizo la última de sus visitas mensuales en el asilo, no he sabido que ella pudo salvar tres trozos de fotografías de aquel infame holocausto al que asistí como asistían los generales alemanes a las matanzas del pueblo hebreo, más por cumplir órdenes superiores y por rutina funcionarial que por maldad de corazón y convencimiento criminal. En una de ellas aparecíamos las tres con Amelita y su hermana Victoria, desaparecida en la instantánea por las razias de las tijeras y ya también en el mundo por las batallas contra el propio cuerpo del cáncer, injustamente, prematuramente, desoladoramente. En la otra, más jóvenes, quizá en los años cincuenta, era mi

primo el que sonreía mientras escribía algún apunte contable con su lápiz ya diminuto de tanto como lo limaba de puro tacaño. Junto a él, yo también sonreía feliz como una actriz de cine encima del mostrador con las piernas cruzadas en alto, una sonrisa plena que casi no me reconozco, con un traje veraniego blanco de inglesas con plantaciones en Kenia. El tercer trozo de fotografía pertenecía a la cabeza de Samuel Hériz, el eterno pretendiente de mi hermana Agustina, una niña que vino al mundo en enero de 1923, justo un año después que yo y cuatro antes que Gertrudis. A mis años no se puede ser otra cosa que sincera, y lo cierto es que Agustina era, de largo, la más bella de las tres, y sólo ella fue pretendida por un hombre, y de qué forma.

Mi padre se llamaba José, debo empezar por aquí lo que quiero dejar bien claro en la memoria antes de que las tinieblas o las averías se ensañen con ella, tan frágil y oceánica a la vez, y había llegado con seis o siete añitos desde el norte, desde La Rioja, porque su familia, agricultores del vino, se habían arruinado con las plagas de la filoxera, que atacaban, despiadadas, los viñedos de donde tanta gente de aquellos lares obtenía el pan de cada día, y que no mucho más tarde se cebarían con las vides del sur, de la Axarquía malagueña también. No he sabido nunca por qué mi padre vino a Majer, al sur más recóndito, teniendo a su disposición tanta tierra española para buscar otras oportunidades. Lo cierto es que en 1908 ya había entrado a trabajar como aprendiz, con ocho años, que ya es decir, en la tienda de don Serafín, un comercio a mitad de camino entre la mercería, la sedería y el comercio de telas, con mucho género ya de importación. Era aquella tienda por lo



visto la más próspera de todo Majer, ya cerca de las mansiones de las familias adineradas de la calle Castaños, como la de los poderosos Rey y los Montenegro, siendo estos últimos los propietarios del local que alquilaba don Serafín. Tenía el próspero comerciante unos bigotones de húsar y una barriga imponente de tentetieso, en la que sobresalía, sobre el chaleco a punto de estallar, la leontina de un relój que miraba constantemente, como si mirándolo compulsivamente las horas transcurriesen más despacio en el comercio y él pudiese aumentar el tamaño de sus caudales. Cinco eran los empleados de SERAFÍN VILLALOBOS COMERCIANTES, y no sólo vestía y surtía a la pujante burguesía majense de todo lo necesario, también a los campesinos, marengos y peones de albañil. Me cuesta no emocionarme de nuevo al imaginar allí, en ese trajín de los primeros años del siglo, a un niño tan maduro cuyos padres, arruinados por el bicho de las cosechas, se habían quedado en La Rioja para morir poco más tarde, ella de males de útero y él de una suerte de hidropesía provocada por la debilidad de un corazón melancólico, desolado por la mala suerte. Quiero decir que mi padre poco a poco se fue haciendo con el funcionamiento de ese tipo de negocio, y que se casó a los veintiún años con una señorita del sur de porte y raigambre aristocrático con cierta hacienda (cuyos padres al principio se oponían al casamiento con un tendero huérfano) y de nombre María, como yo. Un hombre hecho a sí mismo, decía mi abuelo irónicamente de mi padre, y ahora que lo pienso vaya si lo era porque, ¿qué otra cosa es crecer sin un padre y más aún, sin una madre? Nunca le pregunté cuánto cobraba en esos años, o dónde dormía y con quién, qué pensaba en esas noches de infancia, trabajo y soledad antes de dormirse. Mi imagen de él, y

mira que lo vi años, es ya sólo la de sus últimos meses en la que era la mecedora de la abuela derruido por la imposibilidad de orinar sin dolores, la misma en la que yo me mezo anestesiada por la brisa con el olor a salitre y a la vida que lleva consigo, llena de pólenes y cardúmenes de golondrinas que arrastra por doquier la primavera.

A los veinte años, y eso es en lo que estaba pensando, mi padre ya tenía su propia tienda de telas, la misma en la que nosotros trabajamos hasta el cierre, ese lugar que, como decía siempre el doctor Rey padre, don Guillermo, competía en prosperidad con sus negocios familiares, y donde la madera rojiza, el colorido del género y las sonrisas y amabilidad del personal le elevaban un espíritu siempre aletargado por el trato constante con los temibles enfermos de su sanatorio mental en la sierra. A los treinta años ya habíamos nacido las cuatro, y a los cuarenta ya había comprado varios terrenos que pronto fueron casas de pescadores para alquilar y que luego nosotras convertimos, andando el tiempo, en altos edificios que nos dieron más sosiego material y una fortuna desproporcionada para nuestra vida, una riqueza absurda, culpable. ¿De dónde nos vendría, a las tres hermanas, ese ímpetu por enriquecernos e invertir si apenas creíamos en esta vida de cuerpos frágiles a los que no esperaba otra cosa que la siempre pronta carroña? ¿Por qué tantos caudales pecuniarios si el mayor placer de la vida, merendar en una cafetería, por ejemplo, nunca pude dármelo? Con el tiempo la tienda se fue quedando sin gente y sin mercancía, una simple reliquia en una Majer moderna y urbana, un museo de los comienzos pequeñoburgueses de este pueblo, un reducto donde, paradójicamente, la piqueta del tiempo no

hacía su trabajo. El panel de rulos multicolor que tanto adornaba el comercio se fue quedando cada vez con más claros, algo que disimulábamos colgando toallas de playa, pijamas, calzoncillos largos, camisetas interiores. De haber visto desfilar por la tienda a tanta gente que fue prosperando con las riquezas del campo, el mar y el ladrillo y que todo lo compraban aquí, ya sólo entraba a preguntar algún despistado por la tela para la falda de un uniforme escolar añejo, ancianas que buscaban calzones ya dejados de fabricar para sus maridos y extranjeros achicharrados por el sol para hacer fotografías como si vieran, a través del objetivo, la España extinta del romanticismo. Poco antes de cerrar definitivamente había días en los que el cajón de las monedas no se abría nunca, y fue también en uno de aquellos días de los carteles de SALDO y LIQUIDACIÓN POR CIERRE cuando vi por tercera vez a Samuel Hériz, el rostro de la fotografía que me dejó Amelita salvándolo del apocalipsis: los mismos ojos azules de la juventud, de la madurez, de la vejez y de la incipiente decrepitud. Ojos azules que iban cambiando, a lo largo de la vida, como cambian los azules del mar al que miramos desde la costanera los domingos por la mañana. No era la primera vez que el pretendiente vino a buscar a Agustina, y ya es hora de que me cuente a mí misma la historia de este hombre.

La primera vez que vino a la tienda tuvo que ser en 1940, o quizá un poco antes, porque él acababa de volver de una guerra en la que, por culpa de los recientes cuartos de su padre —un suertudo y laborioso campesino que fue socio de don Tomás el alcalde— había sido movilizado en el bando nacional junto a los italianos de la Corpo Truppe Volontarie en el este de la

provincia. Yo todavía no sabía que a Samuel Hériz le habían tocado en suerte aquellos horrores de la espantosa desbandada de la población republicana de Málaga, pero no creo que desbarre si pienso que los ojos se le pusieron así, blancos con un leve recuerdo a celeste, por la impresión que le dio ver morir a tanta gente y sufrir a tantos niños camino de Almería, bombardeados por tierra, mar y aire. La fortuna hizo que su guerra, al menos, durara poco, tres meses a lo sumo, ¿pero quién se olvida de la muerte cuando la ha visto tan cerca o cuando es uno mismo el que mata a otros seres humanos, máxime si son compatriotas? El apellido segundo no lo recuerdo, pero empezamos a conocerlo simplemente por Samuel, como el profeta, y que aparece en esa fotografía porque él estaba aquí, entre el gentío, el día que instalaron el cartel nuevo de SÁENZ E HIJAS TEJIDOS Y CONFECCIONES, y mi padre le había pedido a un viejo fotógrafo, don Andrés Moyano, que inmortalizase ese día tan importante para la familia. Yo creo que el tímido Samuel había ido a comprar algo que necesitaba y se encontró con el trajín de la subida del cartel y el fotógrafo, porque su cara es de no explicarse qué estaba pasando en Majer, qué clase fiesta y risotadas, pocos días después del fin de una guerra fratricida. Creo recordar que era la Navidad del 39-40, hacía frío y Samuel entró en la tienda quitándose la gorra y diciendo un buenas tardes seco, contundente, ligeramente amargo. Aquella primera vez Samuel parecía traer pegado a la pelliza que vestía el frío glacial del febrero del 37 en el que le tocó vivir en guerra, y miraba hacia todos lados con recelo, con disimulado miedo, como si entre las telas y el menaje del hogar pudiese estar algún rojo emboscado de los que, sin saber todavía por qué, había matado en las incursiones de Motril y





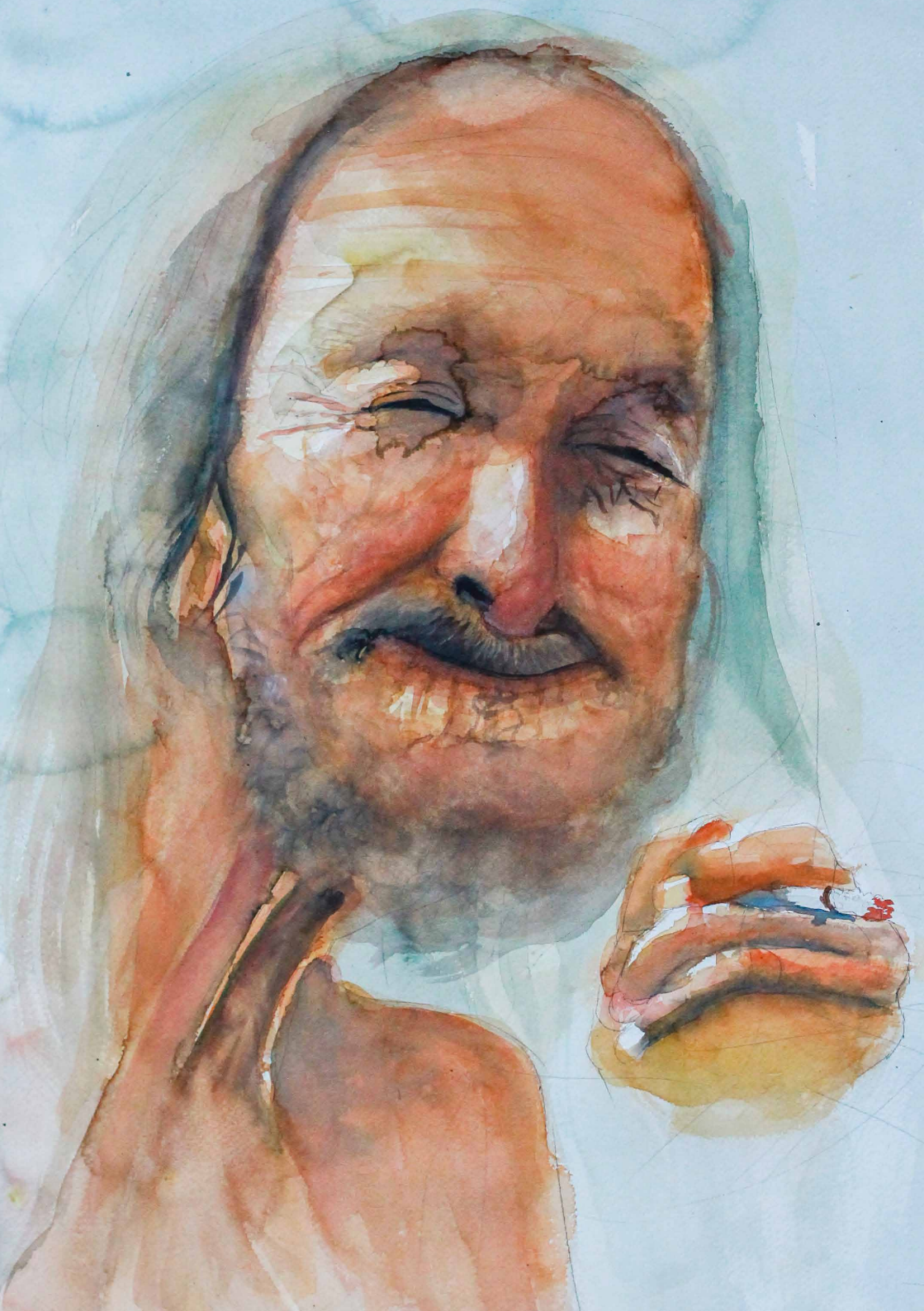
Salobreña. Pero lejos de un republicano iracundo armado con un cuchillo lo que su mirada azul clara encontró fue el rostro de la que, estoy segura, era la mujer más bonita que había visto en su vida, una vida todavía corta, hecha de campo, trabajo, adustez, orfandad, humo de cigarrillos, silencios y una guerra. Yo estaba doblando un género de terciopelo verde, no se me olvida, y oí que sonaba el teléfono y que papá se disculpó con aquel hombre, apagó el cigarrillo en el cenicero del mostrador y le dijo a Agustina que saliese a atender, algo que ésta no hacía casi nunca. Mi hermana, contrariada, dijo Buenas tardes, pero Samuel al verla se había quedado mudo, boquiabierto, de cera. Cuando pudo reaccionar al hechizo de la belleza de mi hermana en vez de responderle al qué desea, le dio la tos, y fingió que eran los rescoldos del humo del Celtas de mi padre y no su lozana, inaceptable belleza la que le había cerrado la garganta. Creo que esa vez, para salir del trance, compró calzoncillos como para dos años, un pijama de franela y dos metros de tela negra para el luto perenne de su madre. Agustina sonreía como no lo hacía casi nunca, y aunque no era aquel el primer hombre que se indisponía ante aquellos dientes blanquísimos de una boca enorme en una cara todo pómulos y ojos, normalmente ella ni siquiera, cuando veía que se trataba de un soltero o mozo en edad de merecer, salía a atender desde la trastienda: se quedaba cosiendo en su Singer o haciendo números de la hacienda familiar, llena de pequeñas rentas. Aquella llamada telefónica improbable a mi padre y algún que otro casual hicieron que sus miradas —la azul de la mar oceánica de él y la verdosa de sierpe de ella— se encontraran y sintieran lo que nunca sabremos los demás. Juraría, no miento, que él se enamoró al instante, y se conoce que ella tuvo que sentir

algo parecido a lo que sienten las mujeres cuando saben que el hombre que tienen delante podría ser un buen padre para una hipotética, futurible prole.

Samuel se fue de allí directo al caserón del cortijo que había heredado de su recientemente difunto padre, y le contó a su doliente y llorosa y amantísima madre, toda rezos y dolores, consolada con vidas futuras por don Mateo, el párroco de Majer, que iba a pedirle matrimonio a la hija de José Sáenz, el comerciante de telas de la calle Perseverancia. Qué clase de locura de amor se le metió en el cuerpo a aquel viejo soldado de Franco, ahora señorito de campo, para, sin mediar más palabra, hacer que su enlutada madre, a través del cura párroco, sondease en nuestra casa si era posible un matrimonio entre Samuel y Agustina. Dicen que mi padre, al oír el mensaje del cura, se lo contó a su vez a mi madre rápida, incrédulamente, y ambos, escépticos y ligeramente interesados en las grandes plantaciones que había heredado el mozo veterano de la guerra, se lo contaron a Agustina durante el paseo frente al mar del domingo por la mañana. No dijo nada de la propuesta hasta la mañana siguiente, cuando ella misma fue a la iglesia del Castigo a responderle al cura, a darle su primera negativa de matrimonio.

Parece como si el impulso de la mecedora estuviese, de alguna forma, dándole cuerda a algún arcano mecanismo de la memoria, y gracias a este recorte de fotografía y a una comunión desconocida con ese mar que huelo y que adivino lleno de miles de vidas y posibilidades diferentes como las que alguna vez soñé para mí, lo recuerdo todo con una nitidez de cristal.

La segunda vez que Samuel vino a la tienda fue por completo inesperada: creíamos que ya no lo haría nunca tras el primer rechazo de Agustina, acaecido más de veinte años atrás. Nos contaron que cuando mi hermana le dijo que no a su propuesta de relaciones que acabaran en un matrimonio Samuel estuvo más de un año sin salir apenas del cortijo que heredó, y sólo en los años cincuenta salió por primera vez de Majer para ir a buscar, decía, una mujer en La Luisiana, provincia de Sevilla, una prima segunda que había visto en fotografías y con la que se casó, podría decirse, más por poderes que por amor y bajo la atenta mirada de Dios Nuestro Señor. La madre, doña Flora, le había convencido: no te hace falta tanto una hembra como un hijo que herede el día de mañana estos olivares, estos algodinales, los almendros y las haciendas, así que ve a buscar a esa prima de nombre Verónica cerca de Écija. Dicen también que no fueron felices, y que Verónica todo lo que tenía de bonita lo tenía de yerma, de tal suerte que viendo esa mujer la tristeza que le producía a Samuel el ímpetu seco de sus amores, a ella se le pegaron las penas de tal modo que hubo de encamarse como mi madre y mi abuela, contrayendo una enfermedad del cuerpo derivada de la del alma (unas hemorragias por las partes pudendas) que la llevó a la tumba con menos de treinta años. Viudo, solemne, corajudo, fingiendo que los diez años con Verónica no habían existido, agarró su lujoso coche —un MG azul como sus propios ojos— y lo aparcó delante de la tienda en el caluroso verano de 1961. Me acuerdo de la fecha porque yo siempre he leído la prensa de cabo a rabo, el ABC, y leía algo del recientemente elegido presidente americano —el católico y guapo y joven de la raya al lado en el pelo abundante que luego mataron a tiros cuyo nombre tengo en la



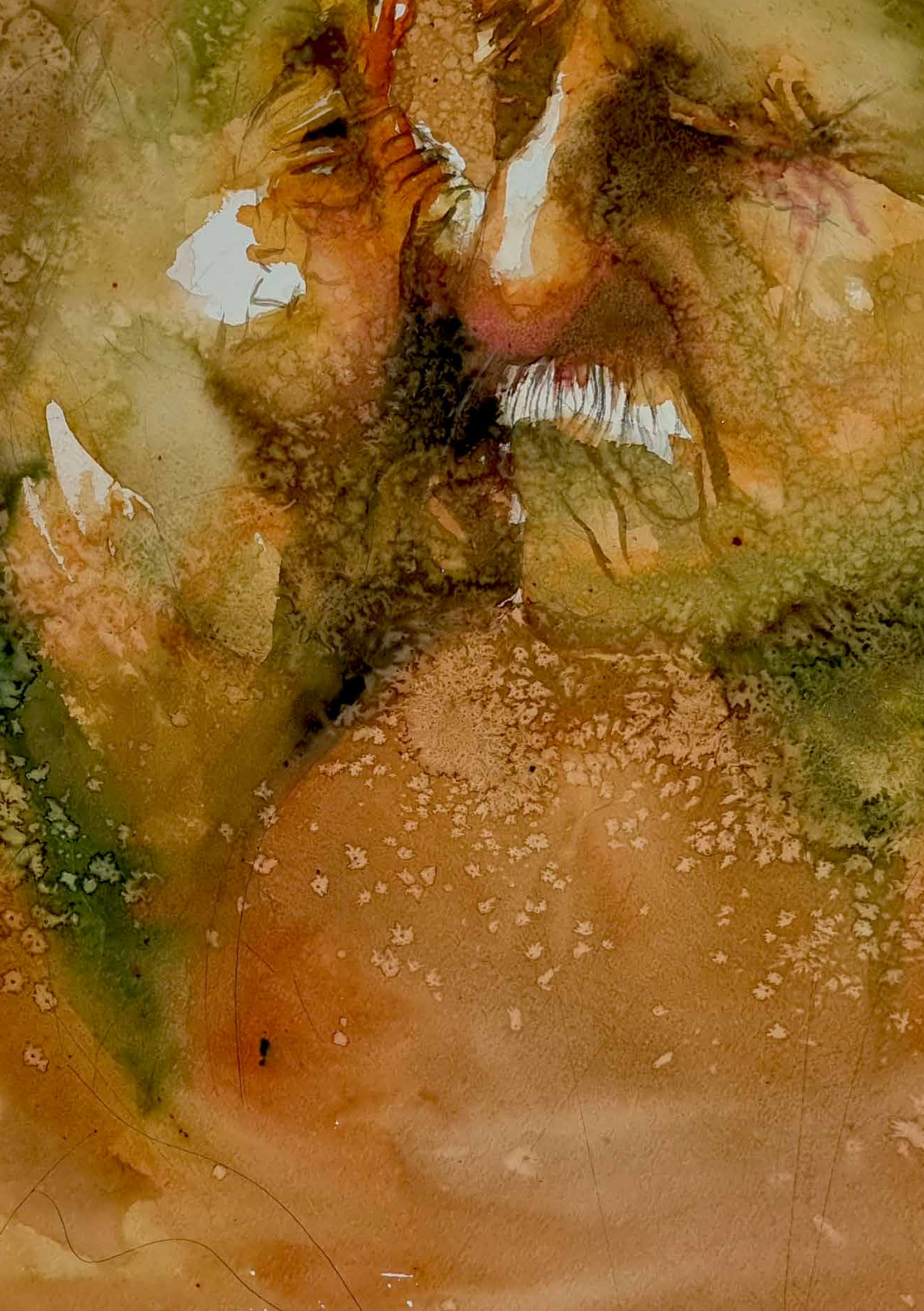
punta de la lengua— con el diario sobre el mostrador cuando entró Samuel con una prestancia y una seguridad que no temía en los estertores de la guerra. No sé cómo es que sabía mi nombre, pero me dijo “Buenas tardes, María, vengo a por esto”, añadió extendiéndome un papelito con una lista de género de hombre a la par que decía que también buscaba a Agustina, y que había venido a por ella. Me puse nerviosa y fingí no haber oído aquello, de tal forma que trémula, inútil (yo nunca he llevado la tienda, sólo la casa) comencé a buscar aquellos calzoncillos, calcetines y camisetas interiores rezando para que fuese una avería prematura de la mente la que hubiese escuchado aquella barbaridad. “¿Es que no se encuentra Agustina?” preguntó impaciente. “No”, dije intentando mostrar con una seriedad impostada cierto malestar relativo a la honra familiar. “No volverá hasta mañana o pasado a Majer, ha ido en representación de la familia a un entierro en Ronda”. Samuel Hériz se quedó rumiando mi respuesta temiendo la mentira, y una vez me abonó su pedido se quedó todo el día dentro de su coche lujoso por si veía a Agustina entrar o salir de la casa o la tienda. Cuando horas después me vio bajar la persiana y cerrar la puerta del comercio a las ocho y media de la tarde se bajó del coche y volvió a interpelarme. Me di cuenta de que los ojos se le habían oscurecido: seguían siendo azules pero ahora se asemejaban al paño de los marineros que yo mismo vendía a la gente del mar, ya no parecía cegado por el horror de la guerra. Era apuesto, bien parecido, y sólo por unos segundos sentí celos de mi hermana, tanto que a punto estuve de ofrecerme a él como una vulgar ramera, una despreciable concubina atea. Había perdido el pelo pero la calva no afectaba a su seco, varonil encanto: la piel cobriza del campo, los brazos recios, el es-

queleto de hierro, la quijada equina, la gallardía de las caladas a los cigarrillos quitarían el aliento a más de una mujer. En la calle no había un alma, y hasta don Roberto, el médico, entró en su consulta de enfrente extrañado de que aquel hombre me hablase tan cerca, como si fuese un don Juan itinerante que pelase la pava aprovechando el cierre del comercio. Don Roberto levantó las cejas a modo de extraño, típico saludo suyo, y yo escuché de labios de Samuel que era ahora viudo, que no tenía hijos y que poco antes de cumplir cincuenta años estaba presto para volver a pedirle a Agustina matrimonio. Dígale que he venido, que no he dejado de pensar en ella y que todavía estamos a tiempo de formar una familia, dijo antes de volver a su cortijo conduciendo iluminado por las luces rosáceas del crepúsculo de bronce que incendiaba la tarde. Cuando, dos días después se lo conté como pude a Agustina, me obligó a escribirle una carta donde dejaba claro su rechazo rotundo, y la envíanos al cortijo con un secretismo de confesionario. Parecía muy segura de lo que había hecho, pero fingiendo males mensuales de mujeres se indispuso demasiado tiempo. Más de una vez, durante esa semana, la oí llorar como lloran las gatas en los tejados cuando los machos inician su desesperado, ancestral tropismo del cielo.

La tercera vez que vino a la tienda Samuel fue el último día que la tuvimos abierta al público, a mediados de los años 90. Todavía no habíamos decidido irnos al asilo, pero ya habíamos cumplido las tres la edad de jubilación y era absurdo seguir con aquel negocio otrora próspero y ahora únicamente una reliquia para que se fotografiasen los extranjeros y los turistas y para que los niños de Amelita dejaran las bicicletas antes de

salir corriendo a jugar a la plaza del doctor Rey. Nos hubiese gustado, pensando en la memoria de papá, aguantar hasta los cien años desde la apertura, pero no, no pudo ser. Sin apenas darnos cuenta, éramos muy mayores, pero ricos: teníamos treinta casas y cinco locales comerciales, dos fincas y cinco solares, y todo ello alquilado, en producción. Hicimos cálculos y lo ahorrado en tiempos boyantes de la tienda —setenta y ocho millones de pesetas más las rentas— nos permitirían vivir en pensión completa en el asilo más de cincuenta años, las tres juntas, pagando el capital que nos cobraban. Aunque, ¿para qué queríamos si no la fortuna que amasamos a base de trabajo, austeridad y tino? A veces me da por pensar qué será de todas esas propiedades y caudales el día que faltemos. No tener hijos es una calamidad, y no tanto por dar gusto a una natura diseñada para ello, sino porque es también ley de Dios la que dispone que lo del padre sea para el hijo, y lo de éste al nieto de aquél, de tal forma que lo nuestro, ahora que lo pienso, irá a Dios directamente, a la Iglesia de la que de forma tan robustamente somos parte, y que los religiosos, guiados por la mano del Padre, la repartan entre quienes más lo necesiten. En vida tuvimos buenas raíces dinerarias que nos ataban fuertemente al suelo que pisábamos, pero para llegar al Cielo esas raíces deben cortarse y así el árbol de la vida suba a las esferas celestes, eso nos decía Gertrudis, Biblia en mano, para quitarnos la culpa al ver las abultadísimas cuentas del banco. Pero yo estaba hablando de Samuel, y de Majer, que había cambiado tanto que ya, en nuestra puerta, ni siquiera había carretera, sino una calle peatonal llena de tiendas más prósperas que la nuestra, de cafeterías, de un colegio y de un ambiente muy familiar, muy honrado. En 1979 había muerto prematu-

ramente don Roberto, el médico, de un infarto cuando volvía de Madrid, y la casa de doña Elvira y sus cuatro niñas, sobre todo por vía de la pequeña y desaparecido el patriarca, se hizo más cercana si cabía a la nuestra. Aquí adornaron su infancia los nietos que don Roberto no llegó a conocer, y ya he dicho que quisimos a esos pequeños como los nietos que Dios se olvidó de mandarnos por vía biológica. Me cuesta decirlo pero qué bonito resulta tener nietos sin necesidad de tener hijos, sí, aquellos niños fueron mis nietos, y me consta que, sobre todo los mayores de Victoria y Amelita, me querían tanto como a una abuela de verdad. Estábamos precisamente con Amelita recogiendo todo lo de la tienda para cerrarla cuando el hombre llegó. Samuel Hériz se había convertido en un anciano que se ayudaba de un bastón y usaba unas gafas grandes de pasta y lentes de lupas concéntricas. Seguía vistiendo muy oscuro y la herrumbre del tiempo no le había estropeado del todo la raigambre del cuerpo. Una calva despiadada, reluciente, llena de motas de paño y lunares con relieve, dejó ver cuando se quitó la gorra, cortés. La nariz se le había hecho más ancha, y las bolsas que le colgaban de los ojos parecían llenas, a punto de estallar, de lágrimas no derramadas por culpa de mi hermana. Noté que un dolor le mordía en alguna parte al ver el mohín de disgusto sobre el que se apoyaba en el bastón, o quizá fueran miedo o impotencia, y me llevé de allí a Amelita, ya Amelia, del brazo hacia la trastienda. Mi hermana Gertrudis hizo lo propio con el hijo pequeño de Amelita, que jugaba con unas madejas de lanas, y dejamos a una ya anciana Agustina a solas con aquel hombre perseverante, al que no veía desde hacía cincuenta y un años.



Nos fuimos escaleras arriba a tomar un Nescafé y unas galletas mientras Samuel le decía a mi hermana lo que tuviese que decirle acerca, imagino, de sus amores sin fin, ignoraba si todavía ardientes o ya pretéritos y apagados, exánimes. Nunca supimos de qué hablaron con exactitud, sólo que una hora después Agustina subió y se reunió en la merienda con nosotras como si no hubiese pasado nada, como si Samuel Hériz fuese un cliente corriente que le había pedido una toalla para los baños de verano en el mar. Esa noche Agustina no pegó ojo, y me vi obligada a preguntarle, cuando le llevé una leche con tila a las tres de la madrugada, sobre la cuestión. Me dijo que sí, que había vuelto a pedirle matrimonio ahora que se iban al asilo para siempre, y que le había respondido que no, que ya era tarde.

La última vez que Samuel vino a buscar a Agustina acababa de hacer un año que habíamos roto las fotografías y que habíamos dejado la mansión expedita para los fantasmas y el heredero tan lejano y decidimos venir aquí, al asilo de Fuentetorres. Sonrió porque ya está amaneciendo y porque no dejo de mecarme en el único mueble de la casa que le pedí a Gertrudis y Agustina que me dejaran traer. ¿Cuántos años tendrá esta mecedora? En ella, ya dije, se sentó la abuela desde que tengo uso de razón, toda de luto como un cuervo con moño y la mente de la niña que nunca fuimos nosotras, junto a la ventana entreabierta donde, antes de perder la cabeza, quería y no quería ver un poco de la vida de una ciudad como Majer, una sociedad cada vez más abierta y urbana que no asimilaba, y a cuyas calles no salía desde que enviudó como si continuar viviendo fuese una ofensa para el marido difunto.

Luego fue mamá antes del ataque melancólico con el que se fue apagando en busca de la cama-tumba, más tarde papá sus dolores terribles al orinar por culpa de la próstata hinchada y la sonda, y ahora yo, que me voy ultimando de las cosas del cuerpo con una sonrisa porque todavía tengo la memoria y tengo a las hermanas, que duermen, benditas, soñando con la otra vida, en la que viven con gozo los cadáveres de nuestras fotografías mientras esperan el fin de los tiempos que resucite sus cuerpos. Qué silencio tan terrible el que precede al alba, sí, todos los días comienza el mundo de nuevo tras un silencio insoportable, como un parto de luz que desde el dolor expulsa una vida palpitante, la misma que morirá en la tarde con la mortaja anaranjada del crepúsculo.

Samuel se enteró por alguien —nunca supimos quién fue— de que nos habíamos venido aquí, a esta suerte de valle de los leprosos de Ben-Hur pero con ancianos, despojos que la sociedad se horroriza al ver, un pudridero con parterres de rosales y geranios y vistas al mar con enfermeras sonrientes donde se intenta disimular lo que no se puede. Por eso agradezco tanto a Amelita que venga a vernos, sí, es la única que se acuerda de nosotras, y venir aquí no es agradable. Algunas veces, ahora que las arrugas me invaden y desfiguran el rostro como la lepra y que me he hecho diminuta como mi abuela y apenas puedo andar, estoy por decirle a Amelita que no venga más, que esto es contagioso como en la película de las cuadrigas y los romanos y aquellas dos pobres mujeres judías. Pero ella viene, y no podré pagarle nunca lo que ha sido con nosotras ni dejándole en el testamento todos nuestros bienes materiales: sí, ella viene y como decía también vino Samuel esa mañana de viernes de

hace casi tres años. Vino acompañado de una mujer más joven, y por unos segundo pensé, al verlo desde la sala contigua a la recepción donde yo leía mi ABC, que por fin había encontrado el amor que nunca le quiso dar mi hermana, pero no fue así. Me levanté, me puse muy cerca y vi que sus ojos, tan claros de joven y azules oscuros en la madurez y la ancianidad, ahora eran glaucos, opacos, inertes. No me vio y supe que estaba ciego, y que la mujer que lo traía era una mucama que lo asistía en sus últimos años de un inválido, disminuido vivir. Se sentó en la sala de visitas apoyando las manos callosas en su bastón y vi que, coqueto, se ajustaba el nudo de una corbata ancha y desfasada cada poco tiempo, como si en las tinieblas de su vista tuviese, invisible, un espejo para acicalarse. No le hablé, no le dije nada, y oí con espanto que la mucama solicitaba a la recepcionista la presencia de Agustina Sáenz en la sala de visita. Agustina, desconocedora de la sorpresa, bajó como si nada, y yo vi en su rostro todavía lozano en la vejez el más aciago, entusiasta espanto. Cuando le dije con señas que estaba ciego se relajó en su consternación, pero me pidió que yo siguiese allí, junto a ella, para escuchar lo que aquel viejo terrateniente sin luz en la mirada tenía que decirle. Buenos días, Samuel, dijo cordial mi hermana. A qué se debe la amable visita. El viejo no supo bien de dónde venía el sonido de la voz de su adorada, y movía la cabeza calva sonriente hacia todos lados.

“Buenos días, Agustina. Me alegra mucho escuchar su voz”, dijo. “He venido a invitarla a comer para proponerle algo, porque hoy cumplo ochenta y cinco años”.

“Se lo agradezco, pero ya no salgo, y en una horita nos po-

nen ya el almuerzo en el refectorio”, contestó Agustina.

“¡Adoración!”, gritó el viejo a la mucama algo nervioso, y ésta entró en la sala con un ramo de flores que mi hermana aceptó a regañadientes, un ramo de rosas inmenso con más de cincuenta flores, de color rosa y rojo.

“Habrá notado que mis ojos no pueden ya verla, pero no tengo dudas de que sigue siendo usted igual de bonita que aquella primera vez, en la tienda de telas de la calle Perseverancia. La creo así y quiero recordarla así, porque de esa forma usted será siempre para mí la perfección. No nos queda mucho a ninguno, Agustina, y ésta es seguro la última oportunidad que tengo en la vida para pedirle que se case conmigo”.

Me zafé como pude de la garra en la que se le había convertido la mano a Agustina por culpa de la tensión y logré marcharme de la sala, dejarlos solos. Samuel Hériz se había emocionado con su propia propuesta de matrimonio y se limpiaba las lágrimas absurdas de los ciegos con un pañuelo que, estoy segura, compró de incógnito en nuestra tienda durante los últimos años para ver si así se encontraba con mi hermana. Ese día hablaron durante horas, y Agustina no vino al almuerzo ni tampoco a la cena. Me pasé la tarde muy inquieta en esta mecedora únicamente mirando el mar, como una pitonisa que buscase entre las olas un sentido a lo que ocurre y a las posibilidades del futuro, acompañada por la letanía de mi hermana Gertrudis rezando, leyendo la Biblia, hablando a su manera amistosa con Dios. Cuando Agustina llegó a la habitación el crepúsculo rosado había muerto en el mar, desangrándose en

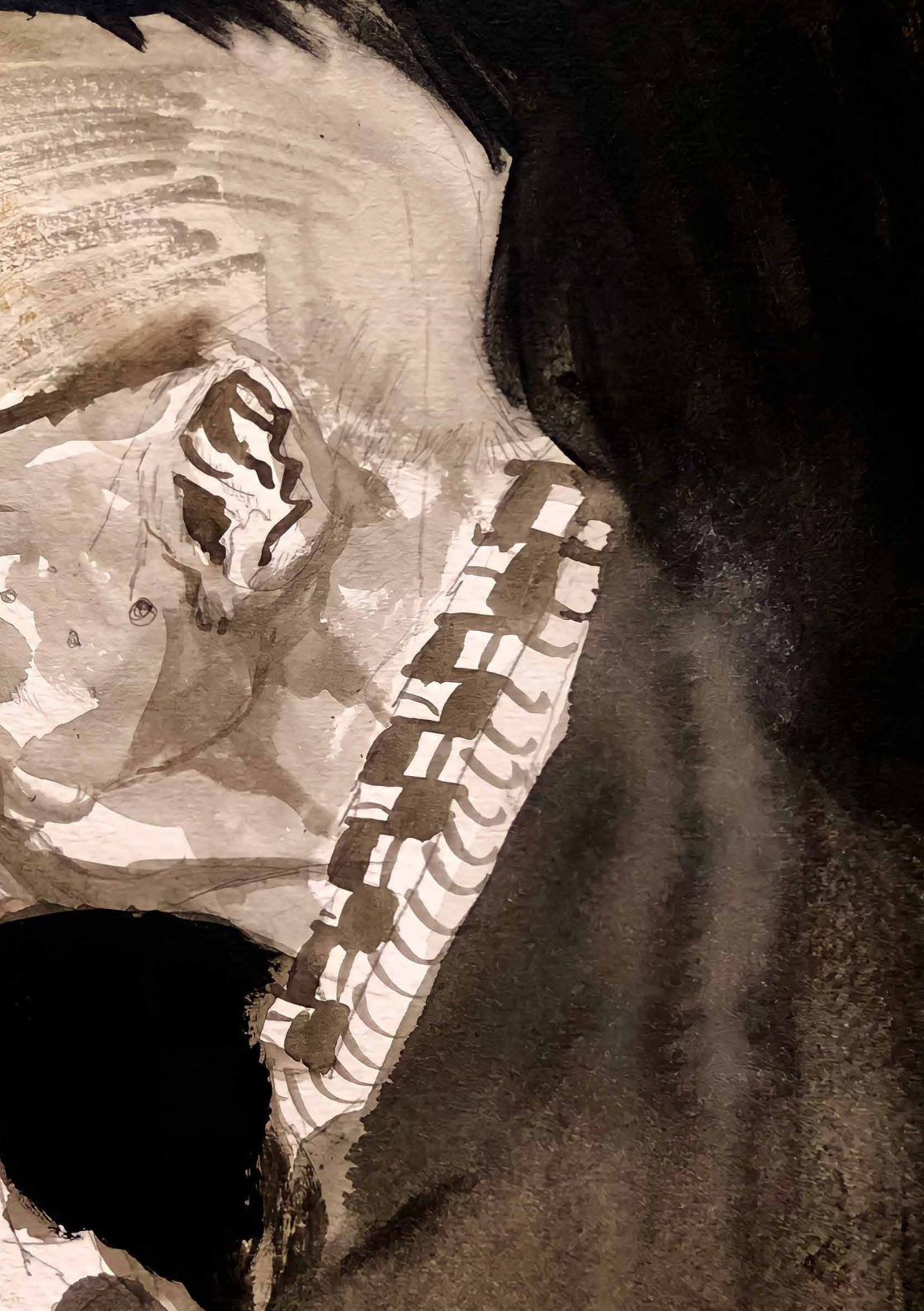
la inmensidad de las aguas, y se había perdido rápidamente en el sumidero del tiempo, como si el astro rey no quisiese estar presente en las malas noticias que mi hermana traía consigo. Me di cuenta de que ni siquiera traía el ramo de rosas, y que por primera vez había pedido permiso para dar un paseo por la orilla antes de volver para acostarse en la misma postura que se levantó el domingo, como si nada hubiese ocurrido. Le había dicho que no por última vez en la Tierra.

He pensado mucho en Samuel Hériz, del que muy pronto, cuando se apague mi memoria, solo quedará el recorte de esta fotografía rota como prueba de su existencia en nuestra vida. He pensado en su oscuridad, en una mente sin luz que imagino llena de imágenes idealizadas de Agustina por todas partes, y en que sus últimas palabras enloquecidas de amor, si es que ya ha muerto, habrán sido para mi hermana, no me cabe ninguna duda. Como todos los seres humanos, Agustina, dentro de poco, morirá sola después de haber vivido sola, y nadie sabrá cuál será la última imagen que le pase por la cabeza antes del suspiro que la conduzca al otro lado, pero estoy convencida de que ese pensamiento postrero será para Samuel. Si alguna vez sintió algo por él, eso no lo sabré. La veo dormir y pienso que quizá lo único que de verdad tuvo en la vida fue lo que ese hombre le dio con su tenacidad enamorada, algo de lo que me di cuenta la primera vez que entró en la tienda con el miedo de la guerra todavía dentro del cuerpo fibroso y helado. Si fue así, si Samuel, aun destrozado por sus rechazos, dio sentido a su vida, eso sólo lo sabrá ella, y entiendo perfectamente que no quiera compartirlo con nadie.

Mientras tanto, con cierta curiosidad por cómo será ver la vida desde el éter de los fantasmas, la vida continúa y son infinitas sus posibilidades, y el día que nace es más bello que el de ayer si cabe, y las hermanas ya se están desperezando porque hoy hay churros y chocolate y porque viene a vernos por la tarde Amelita acompañada de su sobrino Manuel, al que tanto queremos.

“Buenos días, Gertrudis. Despierta, Agustina, que hace un día maravilloso de primavera”.





Rafael García Maldonado

sonata
for a pretender.

Traducción al inglés de
Mónica Martínez Sojos

To Javier Vasquez. For opening the literary doors of the brother continent for me.



Five years ago, we, the three sisters, decided to tear up all the photographs from our long life. It has been five years. Five years in which we have been here, living in the nursing home, the one for the elderly ladies, in this sort of lobby to Heaven—the one that the three of us believe in with a robust, firm, comforting faith. I just came up with these thoughts because my sisters have been sleeping for hours and I haven't slept a wink. I don't know if it's just because it's spring time or maybe because of the years that are somehow taking away hours of sleep from us to give us a little more life: since we have so little time left to see the light, the colors, the faces, and the sunsets, why is it that we have to spend so many hours in that rehearsal for death that is the lack of awareness of deep sleep? Sleeping is, in some ways, not to be, and biography is always preferable to the interruption — however brief and benign — of existence. My poor sisters, as I watch them sleep on this unusually hot night, it appears that I am only a few years away from the day of their funeral. Yes, there they lay down, the two of them, as tall as they are, with their eyes closed.

Gertrudis, the youngest, snores with a male excess, and I know she dreams of God, of Jesus, of the apostles, of the Holy Land she went to so many times before we decided to leave everything and come here, to the nursing home, a kind of hotel facing the sea in the form of a premature funeral home bathed



by the waters of an imaginary Jordan. I don't know if I'll ever see Gertrudis's recumbent, lifeless body because the logical thing would be for me to go to the other side first. I, who am the oldest and am already eighty-eight. But who knows? in the crooked lines with which the Maker writes, anything can happen, improbable and unbelievable stories, wonderful, like the plot of those novels of the sea and adventures that a modern priest (such a handsome friend of the family) gave me —whose name I don't remember— and that I used to read, hiding from my parents in the house's dovecote.

I'll close the window because I'm afraid I'll catch a cold, although this sea-scented breeze is breathing a kind of new sap into the sails of memory, which sometimes is like a ship and drifts as well as with a fixed course, hovering or unbearably calm. I was convinced, as a young girl, that when I grew old, I wouldn't remember almost anything, I don't know. Grandma María lived in our house. She soon lost her mind and became a gray-haired and wrinkled girl who just messed up and laughed with prepubescent innocence, sitting in front of the window watching life go by, one that she no longer understood. Not so long ago (forty years ago), it was herself who decided, feeling so old and so useless, that she would no longer wanted to live. So, she got into bed as if he had been dreaming for years, and decided not to eat or drink, only to sleep, seeking in its depths the eternal rest of the dead. The strangest thing is that she succeeded, and in less than a year of voluntarily closing her eyes, fed like a defenseless sparrow with a syringe filled with baby formula by Don Roberto (the doctor next door), she became so cold and ashen that there was no choice but to bury her,

although no one knew exactly how long she had been a corpse. I've always been afraid of things from the elderly, but now that I'm one of them I'm not afraid of being one, I don't know, it's something very weird, as if the fear of getting on a plane dissipates whenever I get on a jumbo jet and see how it slips through the clouds. It may be because I have faith, because the three of us are pious to a point of mystical paroxysm, but I deny that we flirted, in distant youth, with a pastoral group of the so-called Charismatics —people who entered into ecstasy of pure trance of access to the benefits of Christ and the other life—that existed in Majer, in the catacombs of the parish of the Virgen del Castigo. I think that, since I haven't had any children, my only concern in life is, and has always been, my sisters, my blood. Breaking apart from them would be worse than death, and I know they think about that too.

The poor women sleep. They sleep as if life and the hateful pickaxe of time were not moving towards their direction, as if it were not chasing them like the worms do in the graveyard, disguising their voracious and viscous appetite by basking in the fertilizer of the flowers that absurdly adorn the tombs that are waiting for us.

I know that what I think is very sad, I don't deny it, but one is happy with little, and although reason whispers to us with the hallucinations of madmen that the end is near, I have never paid attention to that stern and presumptuous lady, and whatever remains is for me —and I know for them— an eternity, a river of hours and seconds that, as happens with memory, goes forward as well as backwards, spinning in circles, in

capers of resurrections and constant deaths, in an endless cycle that relates us to all creatures —without consciousness— on Earth. Gertrudis is the little one, but she has always been, somehow, older than all of us, including my own pusillanimous, melancholic mother. She watched over the family in a much more spiritual than material way. This is how we felt safer, always seeing her among rosaries, service books and the bibles she collected, reading aloud and reminding us of passages among which we saw the unbearable entelechy of heaven, hope and true wisdom, a little closer and more tangible, with the twinkling eyes of the charioteer. We would sit at the back of the fabric store, where we later retired, and it's not that I think much of that store, but it's as if somehow, I go back and see us still there, at number seven on Calle Perseverancia.

How is it that we came up with the idea, all of a sudden, just two days before coming to the nursing home, to tear up all the photographs of an entire life? From our life, now long, and from the one of our parents and grandparents, including some portraits and daguerreotypes that, looking back, reached our great-grandfather, at the time of the invention of photography itself, at that time in which the photographer he would get under a cloth on top of a tripod and end the act with an explosion of magnesium powder and enthusiasm. Most of the photos, there is no doubt, were black and white. Some others, very few, in color, from when someone, a loved one, photographed us and their children at the store counter with the multicolored fabrics. We would be part of the background, just a little more than a souvenir, standing next to the children who were born and grew as we withered like flowers, withered like fruit, and

withered like the fabrics and belongings we lived surrounded by over time.

Gertrudis and Agustina decided to break everything that tied us to this earthly and finite life, and in an after-dinner conversation with our cousin and bursar, they proposed to leave the house clean, not even with furniture, ready for future sale so that the only heir we had (the son of our cousin, a doctor from Antequera) moved in with his belongings without bothering to take out the antiques of the three old women. First, they wanted to burn the photographs in the fireplace, but Gertrudis -Bible in hand-, suggested that perhaps this was sacrilege, just like burning the dead ones alive, and after considering tearing or cutting them, the three sisters and our adored, feared cousin, remained silent, meditating on the genocide of the snapshots. Because I didn't know what to say to that aberration, I wondered if we would continue to live in that empty house in the future, after the life of the body, in the form of Victorian ghosts. After all, how will it bother our suddenly millionaire distant nephew that we, mixing ether with oxygen, wander still there, somehow, living the same austere and happy life as before?

The truth is that that morning—I remember it was a Saturday, and we went to the nursing home very early on Monday—the three of us got up at the same time —the time for Gertrudis's prayer of matins— and we took inventory from the house, which was right above the store. It wasn't twelve o'clock when Agustina, with Gertrudis's consent, made me call the rag dealer from Lugencia and the second-hand dealer



from Majer, so they could clean the house and the shop Saturday afternoon and Sunday morning. And that is what they did, leaving only our beds (to be taken on Monday when we left) and something for breakfast. We had agreed to hold the sinister ceremony of the photos on Saturday after Mass. Every Saturday in Majer, we went to church at seven o'clock in the evening to hear mass and take communion before returning home. Although I am not going to deceive anyone, I would have loved to have a snack of chocolate and some churros before going to meet God and his message. Neither Gertrudis nor Agustina thought such a waste was pertinent. So that day, after mass, with the body of Christ in the form of a wafer still attached to the roof of our mouths, the three of us were going to tear up all the photographs. So that day, after mass, with the body of Christ in the form of a wafer still attached to the roof of our mouths, the three of us were going to tear up all the photographs. That's what we were doing, and each of us had a sewing scissors ready, with our first victims on the ground, when Amelita, the doctor's youngest daughter, Don Roberto, knocked on the door. We tried not to open her up because of the gravity and incomprehensibility of what we knowingly did, but that girl has been, in some distant way, the daughter who did not have any of the three. She made life happy for all of us with her constant visits since she started walking and crossing the street, her pranks; her nonsense; the way she liked to get under the counter and get lost in the basement and attics; playing at serving customers; dressing up; all that stuff! She lived here with us, more than she did at her own home. She gave us something, some innocent and naive love, that those who know about it say that only children are capable of giving. I

don't know since when I haven't been so emotional, but well, I have, oh, silly tears! but I can see it as if it were yesterday, the way in which Gertrudis chased her for being naughty, with a cardboard tube where the fabrics were rolled up pretending to hit her and laughing at the mischief and the clumsy race. Amelita has never stopped calling or visiting us, neither there in the mansion nor here in the nursing home. We saw her grow up, fall in love with a boy from Lugencia, and we did what we could so that her children felt in some way that, if their grandmothers failed them, here they had others as backup, something that I know they recognize. We let her in because we assumed she was still eight or ten years old, (she looked a lot like her father!), and that she would start playing in the attic after asking for bread and chocolate, that she would not notice that ruthless breaking with all the past, that it would not be kept in the fallacious, capricious memory. When Amelita went up the stairs of this house so big, so desolate, now inhabited by ghosts that are not us yet, when she saw what we were doing, she put her hands to her head and tried to stop us, looking horrified that they were lying on the floor: loose nineteenth-century faces, aristocratic ladies without legs, decapitated flamenco dresses, stagecoaches without horses, frock coats without men inside, half-matured children, denatured southern landscapes, such was the fury of the scissors. A month ago, on the last of Amelita's monthly visits to us at the nursing home, I discovered that she had saved three photographs from the infamous holocaust that we witnessed, as the German generals attended the massacres of the Jews more to comply with superior orders and official routine than out of wickedness of heart and criminal conviction. In one of them, the three of us appeared with

Amelita and her sister Victoria, who had disappeared in the snapshot due to the ravages of the scissors as well as in the real world due to her battles against her own body from cancer, unfairly, prematurely, devastatingly. In the other photo, there was my cousin, younger, perhaps in his fifties, smiling as he wrote some accounting notes with his tiny pencil, tiny because of how much he filed it out of sheer stinginess. Next to him, I was also smiling happily like a movie star above the counter with my legs crossed up, a full smile that I hardly recognize in myself, in a white summer suit of English women with plantations in Kenya. The third piece of photography belonged to the head of Samuel Hériz, the eternal suitor of my sister Agustina, a girl who came into the world in January 1923, just a year after me and four before Gertrudis. At my age, one cannot be anything other than sincere, and the truth is that Agustina was by far the most beautiful of the three, and only she was pursued by a man, and in what way.

My father's name was José, I must start here what I want to make clear in memory before darkness or breakdowns take their toll on her, so fragile and oceanic at the same time, and she had arrived at six or seven years old from the north, from La Rioja, because his family, wine farmers, had been ruined by the phylloxera plagues, which ruthlessly attacked the vineyards from which so many people in those parts got their daily bread, and that not much else Later they would be fattened with the vines of the south, of the Axarquía of Malaga as well. I have never known why my father came to Major, to the farthest south, having so much Spanish land at his disposal to look for other opportunities. The truth is that in 1908 he had



already started working as an apprentice, when he was eight years old, which is to say, in Don Serafín's shop, a business halfway between haberdashery, silk, and cloth, with much of the genre already imported. That store was apparently the most prosperous in all of Majer, already close to the mansions of the wealthy families on Castaños Street, such as that of the powerful Rey and the Montenegro, the latter being the owners of the premises that Don Serafín rented. The prosperous merchant had the mustaches of a hussar and the imposing belly of a jughead, in which the fob of a watch stood out over his vest about to burst, which he was constantly looking at, as if by looking compulsively at it, the hours passed more slowly in the shop and he could increase the size of his profits. Five were the employees of SERAFÍN VILLALOBOS COMERCIANTES, and he not only dressed and supplied the thriving Majense bourgeoisie with everything they needed, but also the peasants, marengos, and mason laborers. It's hard for me not to get emotional again when imagining there, in that hustle and bustle of the first years of the century, such a mature child whose parents, ruined by the crop bug, had stayed in La Rioja to die a little later, her from uterine ills and him from a kind of dropsy caused by the weakness of a melancholy heart, devastated by bad luck. I mean that my father little by little took over that type of business, and that he married at the age of twenty-one a young lady from the south of aristocratic size and roots with a certain estate (whose parents at first were opposed to the marriage with an orphan shopkeeper) and named Maria, like me. A self-made man, my grandfather used to say ironically about my father, and now that I think about it, what else is it to grow up without a father and even more so, without a

mother? I never asked him how much he earned in those years, or where he slept or with whom. Nor did I ask what he thought on those nights of childhood, work and loneliness before falling asleep. The image that I keep of him, and I saw him for years, is now only the one from his last months, in which he had become one with my grandmother's rocking chair. He had collapsed due to the impossibility of urinating without pain. It is the same rocking chair in which I rock myself anesthetized by the breeze, with the smell of saltpeter and the life that it carries with it, full of pollen and schools of swallows that spring drags everywhere.

At the age of twenty, and that is what I was thinking about, my father already had his own fabric store, the one where we worked until it closed. That place in which, as Dr. Rey Don Guillermo, always said, he competed in prosperity with his family businesses, and where the reddish wood, the color of the fabric and the smiles and friendliness of the staff raised a spirit always lethargic due to the constant treatment of the fearsome patients of his mental hospital in the mountains. At thirty, we had already been born, the four of us, and at forty, he had already bought several pieces of land that were soon turned into fishermen's houses to rent and that we later turned into tall buildings that gave us more material peace and a disproportionate fortune for our lives, an absurd wealth, guilty. I wonder where that motivation to enrich ourselves and invest came from, the three sisters, if we hardly believed in this life of fragile bodies that expected nothing but the certainty of being carrion? Why so many pecuniary flows if the greatest pleasure in life, having a snack in a cafeteria, for example, is

something I could never afford myself? Over time, the store ran out of people and merchandise, and became a simple relic in a modern and urban Majer, a museum of the petty-bourgeois beginnings of this town, a redoubt where, paradoxically, the pickaxe of time did not work. The honeycomb of multicolored rollers that adorned the store so much became lighter and lighter, something that we hid by hanging beach towels, pajamas, long johns, and undershirts. Having seen so many people parade through the store who were prospering with the riches of the countryside, the sea and the bricks and who bought everything here, only someone clueless would come in to ask about the fabric for the skirt of an old school uniform; old women looking for pants that were no longer being manufactured for their husbands and foreigners scorched by the sun to take photographs as if they were seeing, through the lens, the extinct Spain of romanticism. Shortly before closing for good, there were days when the coin drawer was never opened. It was also on one of those days when we hang the SALE and CLOSING CLEARANCE signs that I saw Samuel Hériz for the third time. He had the face of the photograph that Amelita left me saving him from the apocalypse: the same blue eyes of youth, maturity, old age and incipient decrepitude. Blue eyes that changed throughout life, like the blues of the sea that we look at from the waterfront on Sunday mornings. It was not the first time that the suitor had come looking for Agustina, and it is time for me to tell the story of this man.

The first time he came to the store must have been around 1940, perhaps a little earlier. He had just returned from the war in which, because of his father's recent quarters - a luc-

ky and industrious peasant who was a partner of Don Tomás the mayor— had been mobilized on the national side together with the Italians of the *Corpo Truppe Volontarie* in the east of the province. I still didn't know that Samuel Hériz had been through the horrors of the awful disbandment of the republican population of Malaga, and I don't think it's crazy to say that his eyes turned like that, white with a slight hint of light blue, from the impression that he had to see so many people die and so many children suffer on the way to Almería, bombarded by land, sea, and air. Fortune meant that his war, at least, lasted a short time, three months at most, but who forgets death when he has seen it so close or when it is oneself who kills other human beings, especially if they are compatriots? I don't remember his surname, but we started calling him simply Samuel, like the prophet. He appears in that photograph because he was there, among the crowd, the day we hung up the new sign for *SÁENZ E HIJAS TEJIDOS Y CONFECCIONES*, and my father asked an old photographer, Don Andrés Moyano, to immortalize that important day for the family. I think that shy Samuel had gone to buy something he needed and found himself in the hustle and bustle of the poster and the photographer. Just because of his face, it's as if he couldn't explain what was happening in Major, what kind of party and laughter, a few days later after the end of a fratricidal war. I think it was Christmas 1939-1940. It was cold and Samuel entered the store taking off his cap and greeting a dry, forceful, slightly bitter "good afternoon". That first time, Samuel seemed to have the icy cold of February 1937, in which he had to live in war, attached to the coat he was wearing, and he looked around suspiciously, with hidden fear, as if among



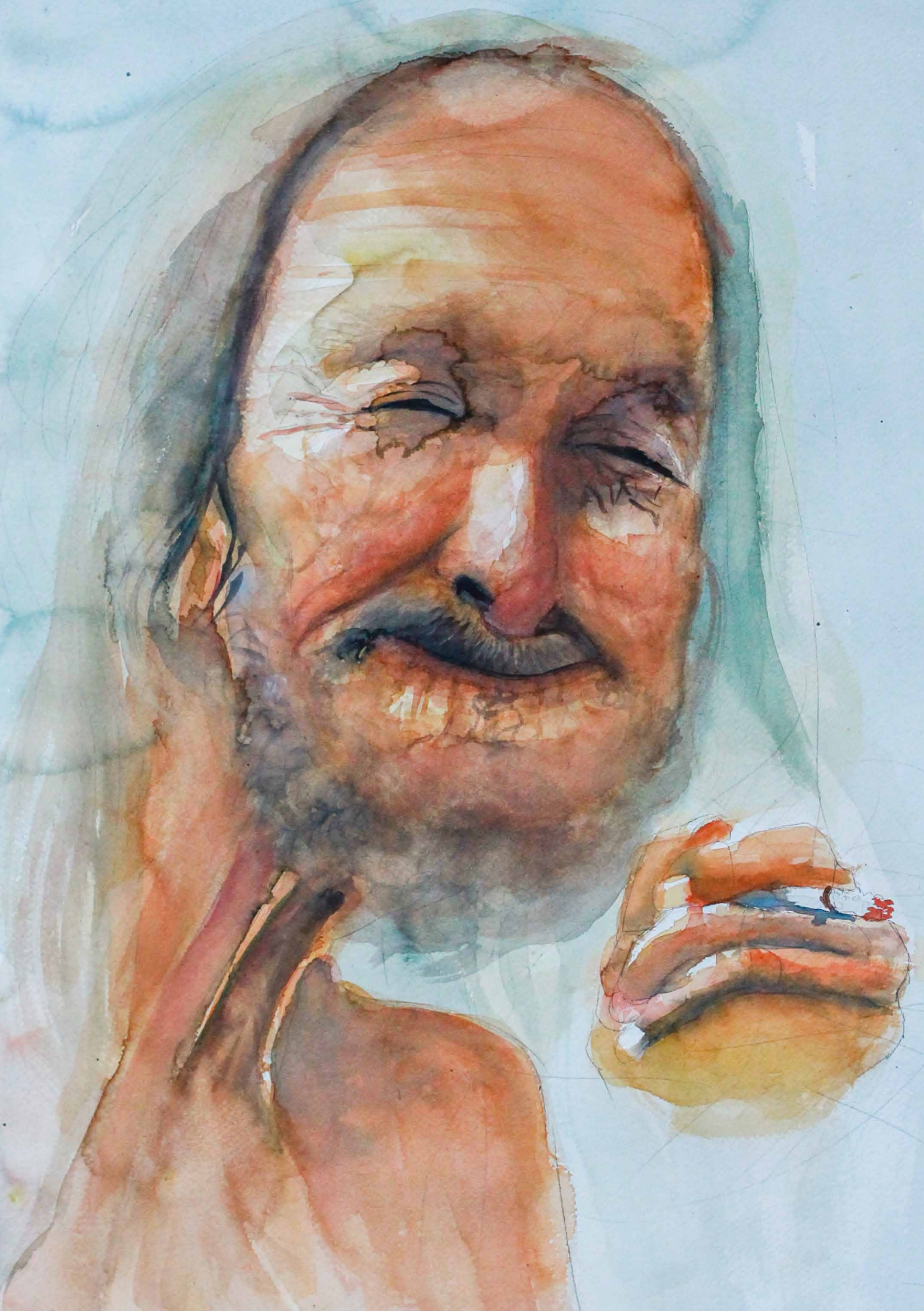


the fabrics and household items there could be some red in ambush from those who, without knowing why, had killed in the incursions of Motril and Salobreña. But far from an angry republican armed with a knife, what his light blue gaze found was the face of what, I am sure, was the most beautiful woman he had ever seen, a life still short, made up of fields, work, austerity, orphanhood, cigarette smoke, silences, and a war. I was folding a piece of green velvet, how could I forget! and I heard the phone ring and Dad apologized to that man, put out his cigarette in the ashtray on the counter and told Agustina to go out and answer, something that she hardly ever did. My annoyed sister said “good afternoon”, but when Samuel saw her, he was speechless, his mouth wide open, waxen. When he was able to react to the charm of my sister’s beauty instead of responding to what he wanted, he coughed, and pretended that it was the embers of smoke from my father’s Celtas and not her lush, unacceptable beauty that had closed his throat. I think that time, just to get out of the trance, he bought underpants for two years, flannel pajamas and two meters of black cloth for his mother’s perennial mourning. Agustina smiled as she hardly ever did. That was not the first man to be unwell in front of those very white teeth of an enormous mouth in a face all cheekbones and eyes. Even when she saw that there was a bachelor or young man of deserving age, she would go out to serve from the back room. She would stay there, sewing in her Singer or doing numbers on the family farm, full of small incomes. That improbable phone call to my father and some other chance events made their gazes meet—his blue oceanic sea and her greenish serpent—and feel what the rest of us will never know. I swear, I’m not lying, that he fell in love

instantly, and it is known that she had to feel something similar to what women feel when they know that the man in front of them could be a good father for a hypothetical future offspring. Samuel went from there directly to the mansion of the farmhouse that he had inherited from his recently deceased father, and told his sorrowful, tearful, and loving mother, all prayers and pains consoled with future lives by Don Mateo, the priest of Majer, that he was going to propose to the daughter of José Sáenz, the cloth merchant on Perseverancia Street. What kind of madness of love was put into the body of that old Franco soldier, now a country gentleman, to, without another word, make his mourning mother, through the parish priest, sound out in our house if it was possible for a marriage between Samuel and Agustina? People say that my father, quickly after hearing the priest's message, told my mother in turn, incredulously. Both of them, skeptical and slightly interested in the large plantations that the young veteran of the war had inherited, told Agustina during their usual walk by the sea on Sunday morning. She didn't say anything about the proposal until the next morning, when she herself went to the Church of Punishment to answer the priest, to give him her first refusal of marriage.

It seems as if the impulse of the rocking chair was, in some way, winding up some arcane mechanism of memory, and thanks to this photo cutout and an unknown communion with that sea that I smell and that I guess full of thousands of lives and possibilities different than the ones I once dreamed for myself, I remember everything with crystal clarity.

The second time Samuel came to the store was completely unexpected; we thought he would never do it after Agustina's first rejection, which happened more than twenty years ago. They told us that when my sister said no to his proposal for relationships that would end in marriage, Samuel spent more than a year hardly leaving the farmhouse he inherited, and it was only in the 1950s that he left Majer for the first time to look for, he said, a woman in La Luisiana, province of Seville. He married a cousin he had seen in photographs and with whom he had married. It could be said more by proxy than out of love and under the watchful eye of God our Lord. His mother, Dona Flora, had convinced him: you don't need a wife so much as a son who will inherit these olive groves, these cotton fields, the almond trees, and the haciendas tomorrow. So, go look for that cousin named Veronica who lives near Ecija. They also say that they were not happy, and that Veronica was as beautiful as barren. And when she herself realized all of the sadness that she caused in Samuel's love, all of the sorrows stuck to her and she had to go to bed like my mother and my grandmother, getting a disease of the body derived from the soul (some hemorrhages from the private parts) that led her to the grave at being less than thirty years old. Widowed, solemn, courageous, pretending that those ten years with Veronica had never existed, he grabbed his luxurious car—an MG blue like his own eyes—and parked it in front of the store in the hot summer of 1961. I remember the date because I have always read the newspapers from cover to cover, the ABC, and I read something about the recently elected American president—the Catholic, handsome, and young man with abundant hair (who was later shot dead), whose name I have on the tip of



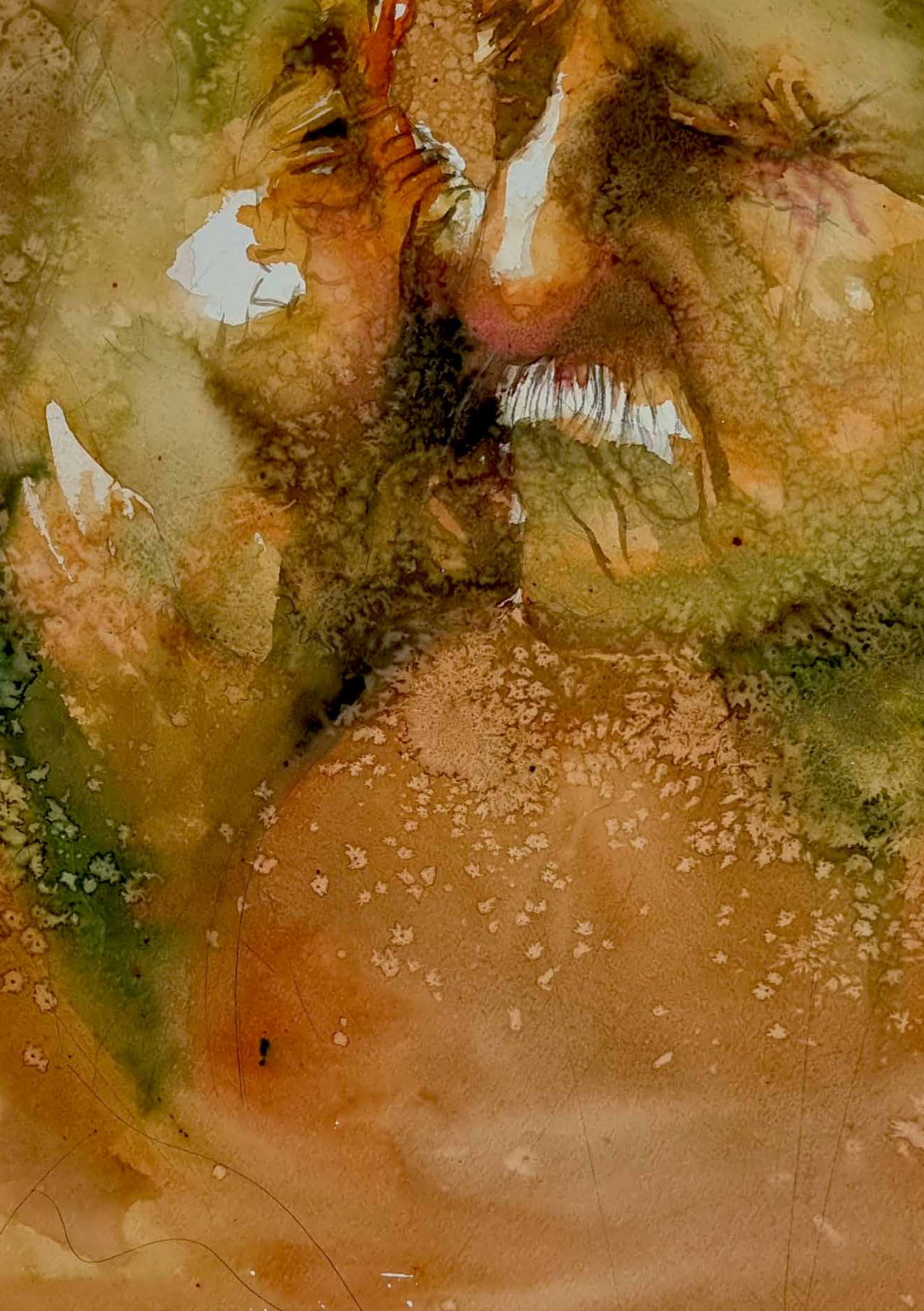
my tongue—with the newspaper on the counter when Samuel entered with a presence and a certainty that he did not fear in the throes of war. I don't know how, but he knew my name, and he said "Good afternoon, María, I'm here for this", he added, handing me a piece of paper with a list of male clothing while saying that he was also looking for Agustina, and that he had come for her. I became so nervous and pretended not to have heard that. I began to look for those underpants, socks, and undershirts, trembling and useless (I had never run the store, only the house), praying to myself that it was a premature failure of the mind that had caused me to listen to such a thing. "Is Agustina not there?" he asked impatiently. "No", I said, trying to show an imposed seriousness some discomfort related to the family honor". She will not return to Majer until tomorrow or the day after, she has gone on behalf of the family to a funeral in Ronda". Samuel Hériz was ruminating my answer, fearing a lie, and once he paid me his order, he stayed all day inside his luxurious car in case he saw Agustina enter or leave the house or the store. Hours later, when he saw me lower the blind and close the shop door at half past eight in the afternoon, he got out of the car and questioned me again. I noticed that his eyes had darkened: they were still blue, but now they resembled the sailor's cloth that I myself sold to seafarers, he no longer seemed blinded by the horror of war. He was handsome, good-looking, and for just a few seconds I was jealous of my sister, so much so that I almost offered myself to him as a common whore, a despicable godless concubine. He had lost his hair, but the baldness did not affect his dry, manly charm: his coppery tanned skin from the work in the field, his strong arms; his iron skeleton; his equine jaw; the graceful way

in which he puffed on cigarettes would have taken the breath away of more than a woman. There was not a soul on the street, and even Don Roberto, the doctor, got into his office across the street, surprised that this man was talking to me so close, as if he were an itinerant Don Juan, who was flirting with me, taking advantage of the closing of the business. Don Roberto raised his eyebrows strangely, a common sign in him, and I heard from Samuel's lips that he was now a widower, that he had no children, and that he was about to ask Agustina to marry him again shortly before his fiftieth birthday. He said this as he drove back to his farmhouse, illuminated by the pinkish lights of the bronze twilight that set the afternoon ablaze. When, two days later, I told Agustina as best I could, she forced me to write him a letter making her resounding rejection clear, and we sent it to the farmhouse with the secrecy of a confessional. She seemed very sure of what she had done, but by pretending monthly women's ills, she kept herself indisposed for too long. More than once during that week I heard her cry the way female cats cry on rooftops when males begin their desperate, ancient tropism of heat.

The third time Samuel came to the store was the last day we had it open to the public, in the mid-1990s. That once prosperous business had become only a relic for foreigners and tourists to take pictures of, and for Amelita's children to leave their bicycles before running out to play in the Plaza del Doctor Rey. We would have liked, thinking of dad's memory, to keep it open until it was a hundred years since the opening, but it couldn't be. We were very old but very rich without even realizing it: we had thirty houses and five commercial locals;

two farms and five lots; and all of them were rented and in production. We made calculations, and what we had saved in the store's buoyant times—seventy-eight million pesetas plus rents—would allow us to live on full pension in the nursing home for more than fifty years, the three of us together, paying the capital they charged us. However, what did we want if not the fortune we achieved through work, austerity, and skill? Sometimes I wonder what will become of all those properties and flows the day we are gone. Not having children is a tragedy, and not only because it suits nature, but also because God's law disposes that what belongs to the father be for the son, and what belongs to the son be for the grandson, in such a way that what we own, now that I think about it, will go directly to God, to the Church of which we are so robustly a part, and that the religious, guided by the hand of the Father, distribute it among those who need it most. In life we have good money roots that tie us strongly to the ground we step on, but to get to Heaven those roots must be cut and thus the tree of life climbs to the celestial spheres. That's what Gertrudis told us, Bible in hand, to take away the guilt checking our huge bank accounts. Back to the story, I was talking about Samuel and about Majer, which had changed so much that at our door, there was not even a road, but a pedestrian street full of shops more prosperous than ours, cafeterias, a school, and a friendly atmosphere; very familiar, very honorable. In 1979, Don Roberto, the doctor, died prematurely of a heart attack on his way back from Madrid, so Doña Elvira's house and her four girls, especially the little one, became closer to ours. Here, the grandchildren that Don Roberto did not get to know enjoyed their childhood. I have already mentioned that we loved

those little ones like the grandchildren that God forgot to send us. It's hard for me to say, but how nice it is to have grandchildren without having children! Yes, those children were my grandchildren, and I know that, especially Victoria and Amelita's eldest, loved me as much as their true grandmother. Amelita and I were collecting everything from the store to close it when the man arrived. Samuel Hériz had become an old man who helped himself with a cane and wore large horn-rimmed glasses and concentric magnifying lenses. He was still dressed very dark and the rust of time had not completely spoiled the roots of his body. A merciless, shiny bald head, full of specks of cloth and polka dots in relief, showed when he courteously removed his cap. His nose had grown wider, and the bags hanging from his eyes seemed full, about to burst, of unshed tears because of my sister. I noticed that some kind of pain bit him from the pout of disgust that he made every time he was leaning on the cane, or perhaps it was fear or impotence. I took Amelita (well, Amelia) by the arm towards the back room. My sister Gertrudis did the same with Amelita's little son, who was playing with some skeins of wool, and we left old Agustina alone with that persevering man, whom she had not seen for fifty-one years. We went upstairs to have some Nescafe and cookies while Samuel told my sister what he had to tell her. I suppose it was about his endless love. He didn't know if it was still burning or had already passed and faded, lifeless. We never knew exactly what they talked about. All we know is that an hour later, Agustina came up and met us at the snack as if nothing had happened, as if Samuel Hériz were an ordinary customer who had asked her for a towel for the summer baths in the sea. That night Agustina didn't sleep



a wink, and I was forced to ask her, when I brought her milk with linden at three in the morning, about it. She told me that, indeed, he had asked her to marry him again now that they were going to the nursing home forever, and that she had said no, that it was too late.

The last time Samuel came to look for Agustina, it had just been a year since we had torn up the photographs, and we had left the mansion cleared for the ghosts and the heir so far away, and we decided to come here, to the Fuendetorres nursing home. I smile because it is already dawn and I keep rocking on the only piece of furniture from the house that I asked Gertrudis and Agustina to let me bring. How old is this rocking chair? In it, as I have said, my grandmother sat ever since I remember, all mourning, like a raven with a bow and the mind of a girl, next to the half-open window where, before losing her mind, she wanted (and did not) to see a little of the life of a city like Majer. It was an increasingly open and urban society that she did not assimilate, and whose streets she did not go out since she became a widow, as if continuing to live was an offense to her deceased husband. Then, it was mom who used this rocking chair before the melancholic attack from which she faded away in search of a bed-tomb. And later, it was dad and his terrible pain when urinating caused by the swollen prostate and the probe. And now it's me, who's ending things from the body with a smile, because I still have my memory and I still have my sisters, who sleep, blessed, dreaming of the afterlife, of the corpses in our photographs, who live with joy while they wait for the end of time to resurrect their bodies. It is a terrible silence, the one that precedes dawn. Yes, every day the world

begins anew after an unbearable silence. Like the birth of light that from pain expels a throbbing life, the same one that will die in the afternoon with the orange shroud of twilight.

Samuel found out from someone—we never knew who it was—that we had come here, to this sort of Ben-Hur valley of lepers, but with old people, debris that society is horrified to see, a dump with beds of rosebushes and geraniums, and views of the sea with smiling nurses where you try to hide what you can't. That is why I am so grateful to Amelita for coming to see us. Yes, she is the only one who remembers us, and coming here is not pleasant. Sometimes, now that wrinkles invade me and disfigure my face like leprosy and I have become tiny like my grandmother and I can barely walk, I want to tell Amelita not to come here anymore. That this is contagious like in the movie of the chariots and the Romans and those two poor Jewish women. But she keeps coming, and I will never be able to pay her for all that she has done for us, nor leave her all our material goods in the will; yes, she is coming and as I said, Samuel also came that Friday morning almost three years ago. He came accompanied by a younger woman, and for a few seconds I thought, seeing him from the room next to the reception where I was reading my ABC, that he had finally found the love that my sister never wanted to give him, but it was not like that. I got up, stood very close and saw that his eyes, so light when he was young and dark blue in maturity and old age, were now glaucous, opaque, inert. He didn't see me and I realized that he was blind, and that the woman who brought him was a maid who assisted him in his last years of an invalid, handicapped life. He sat in the visiting room leaning his calloused

hands on his cane and I saw that, graciously, he adjusted the knot of his wide and outdated tie every so often, as if in the darkness of his sight he had, invisible, a mirror to groom himself. I didn't speak to him, I didn't say anything, and I heard with horror that the maid asked the receptionist for Agustina Sáenz to come to the visiting room. Agustina, unaware of the surprise, went down as if nothing had happened, and I saw in her face, still fresh in old age, the most fateful, enthusiastic horror. When I signed to her that he was blind, she relaxed in her consternation, but asked me to remain there, next to her, to listen to what that old landowner without light in his eyes had to tell her. "Good morning, Samuel", my sister said cordially. Why the kind visit. The old man didn't know where the sound of his beloved's voice was coming from, and he moved his smiling bald head in all directions.

"Good morning, Augustine. I am very happy to hear your voice," he said. "I have come to invite you to eat to propose something, because today I am eighty-five years old".

"I appreciate it, but I don't go out anymore, and in an hour, they'll serve us lunch in the refectory," answered Agustina.

"Adoration!" the old man shouted to the somewhat nervous maid, and she entered the room with a bouquet of flowers that my sister reluctantly accepted, a huge bouquet of roses with more than fifty flowers, pink and red.

"You may have noticed that my eyes can no longer see

you, but I have no doubt that you are still as pretty as that first time, in the fabric store on Perseverancia Street. I recreate it that way and I want to remember it that way, because that way you will always be perfection for me. There isn't much left for either of us, Agustina, and this is surely the last chance I have in my life to ask you to marry me."

I freed myself from the claw that Agustina's hand had become due to the tension and managed to leave the room, leaving them alone. Samuel Hériz had been moved by his own marriage proposal and was wiping the absurd tears of the blind with a handkerchief that, I'm sure, he bought incognito in our store during the last few years to see if could meet my sister. That day they talked for hours, and Agustina did not come to lunch or dinner. I spent the afternoon restless in this rocking chair just looking at the sea, like a fortune-teller searching among the waves for a sense of what is happening and the possibilities of the future, accompanied by the litany of my sister Gertrudis praying, reading the Bible, talking in her friendly way with God. When Agustina arrived at the room, the pink twilight had died in the sea, bleeding to death in the immensity of the waters, and had quickly been lost in the sink of time, as if the king of stars did not want to be present in the bad news that my sister brought. I realized that she didn't even have kept the bouquet of roses, and that for the first time she had asked permission to take a walk along the shore before going back to bed in the same position she had gotten up on Sunday, as if nothing had happened. She had told him no for the last time on Earth.

I have thought a lot about Samuel Hériz, of whom very soon, when my memory fades, only the cutout of this torn photograph will remain as proof of his existence in our lives. I have thought about his darkness, of a mind without light that I imagine full of idealized images of Agustina everywhere, and that his last words, maddened with love, if he is already dead, must have been for my sister, I have no doubt. Like all human beings, Agustina will soon die alone after having lived alone, and no one will know what will be the last image that passes through her head before the sigh that leads her to the other side. But I am sure that this last thought will be for Samuel. If she ever had feelings for him, I won't know. I watch her sleep and I think that perhaps the only thing she really had in her life was what that man gave her with his loving tenacity. Something I realized the first time he entered the store still afraid of the war in his fibrous and frozen body. If that was the case, if Samuel, even shattered by her rejections, gave meaning to her life, only she will know that, and I understand perfectly that she doesn't want to share it with anyone.

Meanwhile, with some curiosity about what it will be like to see life from the ether of ghosts, life goes on and its possibilities are infinite, and the day that is born is more beautiful than yesterday, and the sisters are already stretching themselves because today there are churros and chocolate and because Amelita is coming to visit us in the afternoon with her nephew Manuel, whom we love so much.

“Good morning, Gertrudis. Wake up, Agustina, it's a wonderful spring day.”

Rafael García Maldonado

(Málaga, 1981) ejerce como farmacéutico en un pueblo del sur de España, labor que compagina con la escritura. A los treinta y un años comenzó su carrera literaria con la ambiciosa novela *El traperero del tiempo*, revelándose como un afanoso estilista de la lengua española. A continuación, publicó las novelas *Tras la guarida* (2015), el ensayo biográfico *Benet. La ambición y el estilo* (2018), su primer tomo de diarios, *Diario de cabotaje. Una inmensa soledad* (2020) y los libros de cuentos *Cuaderno de incertidumbre* (2016) y *Si yo de ti me olvidara, Jerusalén* (2021, finalista premio Andalucía de la Crítica).



(Málaga, 1981) works as a pharmacist in a town in southern Spain, a job he combines with writing. At thirty-one, he began his literary career with the ambitious novel *El ragpero del tiempo*, revealing himself as a diligent stylist of the Spanish language. He then published the novels *Tras la guarida* (2015), the biographical essay *Benet. Ambition and style* (2018), his first volume of diaries, *Diario de cabotage. An immense solitude* (2020) and the story-books *Uncertainty Notebook* (2016) and *If I Forgot About You, Jerusalem* (2021, Andalusia Critics Award finalist).

James Pilco Luzuriaga

Cuenca, 1965. Cirujano Digestivo-Endoscopista, por la UNAM. Es docente fundador de la Facultad de Medicina de la Universidad del Azuay. Artista plástico desde los 4 años, es decir dejando el biberón, agarrando el lápiz, ha expuesto en forma individual en México, USA, Ecuador, con varias colecciones en América y Europa. Ha realizado varios murales, en USA, México DF, Ecuador, en instituciones hospitalarias y universitarias, cuenta con varias publicaciones, tanto médicas, artículos científicos, y libros de arte. Ejerce su profesión y pinta todos los días, aprovecha su insomnio para leer todo lo que huelga a papel, y sueña que el mundo sea adicto al arte.



Cuenca, 1965 Doctor James Pilco is a digestive-endoscopist surgeon from UNAM. He is a founding professor of the Faculty of Medicine at the University of Azuay. He has been a plastic artist since he was 4 years old, that is, while leaving the bottle, grabbing the pencil. He has exhibited individually in Mexico, the USA, and Ecuador, with several collections in America and Europe. He has painted several murals in the USA, Mexico City, Ecuador, as well as in hospitals and universities. He has published several articles and journals in both medical and scientific articles and art books. He practices his profession and paints every day, taking advantage of his insomnia to read everything that smells like paper and dreaming that the world will one day be addicted to art.

Mónica Martínez Sojos

Docente investigadora y profesora titular de la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad del Azuay, Cuenca-Ecuador. Sus posiciones anteriores incluyen servir como Coordinadora Académica de la Escuela de Estudios Internacionales, Coordinadora de Investigación y Servicio Comunitario en la Facultad de Derecho, así como Asistente en Jefe en el Departamento de Inglés en la UDA. Actualmente es candidata a doctora en Filosofía, Educación y Artes en la Universidad Nacional de Rosario, Argentina. Sus intereses de investigación versan sobre identidad, cultura, descolonización, educación y relaciones de poder. Tiene una Maestría en Lengua Inglesa y Lingüística Aplicada de la Universidad de Cuenca. Es Licenciada en Comunicación Social de la Universidad del Azuay.



Monica Martinez-Sojos is a full time Professor at the Faculty of Law, School of International Studies at Universidad del Azuay, Cuenca-Ecuador. Her prior positions include serving as the Academic Coordinator of the School of International Studies, Coordinator of Research and Community Service at the Law Faculty, as well as Chief Assistant in the English Department at UDA. She is currently a PhD candidate in Philosophy, Education and Arts at Universidad Nacional de Rosario, Argentina. Her research interests deal with identity, culture, decolonization, education and relations of power. She has a Master Degree in English Language and Applied Linguistics from Universidad de Cuenca. She has a degree in Social Communication from Universidad del Azuay.

En Majer, “al sur más recóndito” de España, tres mujeres retiradas en un asilo se obstinan en extirpar las huellas de su pasado para que la memoria no incomode el resto de sus vidas. Pero una fotografía desata el recuerdo inevitable de un episodio familiar que parece resumir el sentido de esas existencias perdidas en la insípida rutina de la provincia. Con la prosa lírica y elegante de los contadores clásicos, García Maldonado nos regala un cuento hermoso, como una sonata cuya escucha nos hipnotiza durante su ejecución.

Rafael García Maldonado (Málaga, España, 1981), pertenece a una familia de farmacéuticos y médicos humanistas. Desde 2004 ejerce en Coín (Málaga), en la farmacia que fundara su abuelo en 1945. El resto del tiempo lo dedica a la literatura. Desde su debut, en 2013, con la novela *El trapero del tiempo*, no ha dejado de publicar novelas, cuentos y artículos de opinión en los principales medios de comunicación de su país. Desde hace años lleva un dietario titulado *Diario de cabotaje*.



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa 
Editora

ISBN 978-9978-325-78-0



9 789978 325780